

דע לפני מי אתה עומד

Conoce delante de quién estás parado

Un comentario sobre el rabino Abraham Joshua Heschel y los derechos humanos en nuestro tiempo

por la Rabina Silvina Chemen

Estamos acá porque de alguna manera somos la generación heredera de esta inspiración que fue Heschel para todo el pensamiento judío latinoamericano a la hora de fundar una opción que responda a las necesidades del gran colectivo judío que se encontraba fuera de las instituciones religiosas. En mi caso particular, rezo y sirvo como rabina en una sinagoga que se llama Abraham Joshua Heschel, fundada por quien trajo su estela a estas geografías.

Tamaño pensador ha tenido y tiene sus biógrafos y personas que respeto mucho que han escrito y hablado sobre él extensamente.

Quizás el aporte que se me pide no tiene que ver con él sino con nosotros. Con la actualización del mensaje fundacional de nuestras filiaciones a lo judío que, con el correr de los tiempos, a veces corre el riesgo de fosilizarse.

Heschel nació en un mundo donde aún no se habían promulgado los derechos humanos como Declaración Universal. Pero eso no importaba. Ser parte del mensaje de nuestra tradición fue suficiente plataforma para elegir defender la dignidad de todos sin excepción.

Quizás sería pertinente hablar de la matriz de pensamiento sobre lo que hoy llamamos Derechos Humanos que heredamos de Heschel y de su discípulo en estas tierras. Un molde, una estructura desde la cual alojar la experiencia vital, religiosa y social de lo judío. Una matriz que ordene los bordes de un contenido que ya depende de nosotros, guiando la mirada hacia las realidades que estamos viviendo.

Y no es sólo una mirada romántica de un Heschel al que después de estas jornadas lo volvemos a dejar en un estante. Sino es un llamado a revisar el derrotero de decisiones que hemos tomado en nuestra región en lo religioso, en lo educativo, en la gestión comunitaria y en la inserción de lo judío en el mundo global.

En ese sentido tomo prestadas las palabras de Dany Fainstein en su artículo *Marshall T. Meyer: entre la tradición y las rupturas creativas. Breve genealogía de una trayectoria innovadora*, que recuerda a Marshall -el mensajero de Heschel y Buber en esta parte del mundo - quien vino a “propugnar la desprivatización de la religión, es decir, la disminución de la brecha que relega al judaísmo, y a la religión en general, al compartimento de la vida privada y lo inhibe de cualquier tipo de injerencia en la palestra de lo público y lo político”.¹

Me quedo con este concepto: desprivatizar la religión.

El mundo de consumo, competitivo y salvaje ha relegado a las expresiones religiosas a sus ámbitos privados. Se nos tilda de portar discursos anticuados, idealismos irrealizables o renunciaciones inconcebibles... y muchos de nosotros hemos comprado ese modelo. Nos quedamos quietos en

¹ Revista Majshavot, <https://majshavot.org/includes/uploads/articulos/f3a43-fainstein.pdf>

SEMINARIO

RABÍNICO LATINOAMERICANO

MARSHALL T. MEYER

nuestros claustros privados, contentándonos con pequeñas metas cuantitativas; cuántos vienen a rezar, cuántas ceremonias, cuántos cursos... Cerramos la puerta a una de las funciones más sagradas que hemos heredado al elegir ser parte de esta expresión de lo judío: tener voz en la palestra de lo público. Todo lo que estudiamos, decimos y cumplimos puede y debe aportar a construir espacios de mayor justicia y equidad. El humanismo religioso que pregonamos tiene dos componentes: lo humanista y lo religioso. Es allí donde se juega la novedad de nuestra pertenencia y que, con el correr de las generaciones, corremos el riesgo de perder. Nuestro mensaje religioso tiene sentido si lo anclamos en la sacralidad de lo humano.

“Kedoshim tihú ki kadosh aní- Santos serán porque yo soy santo”, dice Dios en Vaikrá- Levítico 19:20. No es sólo una proclama teológica que nos llama a emular en nuestras vidas la santidad del Eterno, sino que nos comanda a un kedoshim en plural. Nuestro objetivo es bregar, incidir, trabajar por que cada vida sea concebida como única y sagrada y por tanto plena de derechos.

No sólo la nuestra. No sólo la de los nuestros.

“Una preocupación central en el pensamiento judío – escribía Heschel en Un Eco de Eternidad- es superar la tendencia a ver el mundo en una dimensión, desde una perspectiva, para reducir la historia exclusivamente a la acción de Dios o a la acción del hombre, ya sea a la gracia o a la iniciativa del hombre. Lo maravilloso y lo mundano, lo sagrado y lo secular, no se excluyen mutuamente, ni se mantienen separados lo natural y lo sobrenatural, lo temporal y lo eterno. El corazón de la relación de Dios y el hombre es la reciprocidad, la interdependencia. La tarea es humanizar lo sagrado y santificar lo secular.”²

Abraham Joshua Heschel, *Israel: An Echo of Eternity* - Nueva York, 1969

Y es ésta la matriz que nos invito a revisar; cuánto de nuestra voluntad religiosa se vierte sobre un propósito más amplio que el de perpetuar nuestros usos y costumbres. Cómo dotamos a nuestras comunidades de conocimiento y también de empoderamiento para portar con orgullo un mensaje que Heschel llamaría profético, de sentido, que guíe nuestras acciones hacia un propósito más amplio; ocuparnos de quienes no pueden habitar sus derechos allí donde nosotros estemos.

Heschel lo decía de esta manera;

“La importancia del judaísmo. . . no radica en que sea propicio para la supervivencia de este pueblo en particular, sino en que sea una fuente de riqueza espiritual, una fuente de significado relevante para todos los pueblos.” Abraham Joshua Heschel, “Educación judía”, en *The Insecurity of Freedom*³

Cuando enseñamos a Heschel muchas veces lo mostramos en esas famosas e icónicas marchas con Martin Luther King manifestándose por los derechos civiles de la población negra o contra la guerra de Vietnam. Nos llena de orgullo. Pero esa es una foto de una decisión política, teológica e ideológica. La decisión de caminar las calles portando un mensaje que es mucho más que un evento puntual con fotógrafos alrededor. Es una posición en su liderazgo y es una lectura de la función del mensaje judío en particular y de la religiosidad en general; ser una fuente de riqueza espiritual y de sentido para el bien común.

² Abraham Joshua Heschel, *Israel: An Echo of Eternity* (New York, 1969), p.159.

³ Abraham Joshua Heschel, “Jewish Education,” in *The Insecurity of Freedom* (New York, 1966), p. 226

SEMINARIO

RABÍNICO LATINOAMERICANO
MARSHALL T. MEYER

Nosotros corremos con ventaja. La gran mayoría de los que están acá ha nacido con esta plataforma ya ganada: un judaísmo moderno, abierto, plural, igualitario inserto en una realidad más grande. Imagínense la osadía de alguien como Heschel, un judío religioso de una familia jasídica de Polonia, que eligió manifestar su pertenencia religiosa en su lucha junto al movimiento por los derechos civiles en los Estados Unidos.

Él, viniendo de una familia estricta y observante se pronunciaba diciendo:

«Nos preocupa más preservar la pureza del dogma que la integridad del amor.»⁴

Entre el dogma y el amor se juega la especificidad de nuestra expresión judaica. Entre los contenidos y su implementación. Entre la sapiencia y la virtud. Entre la idoneidad y la piedad. Entre leer la realidad desde nuestros propios textos y buscar en los textos cómo contribuir a la construcción de una realidad más digna.

Siento que debemos revisar los contenidos que impartimos y las prácticas religiosas que alentamos a la luz de un propósito, que él lo llamó profético. Un propósito mayor al mandato individual de una subsistencia interna y aislada de lo que pasa a nuestro alrededor.

En su libro “Los profetas”, Heschel habla de cuánto les irritaba a quienes asumían la durísima tarea de ser profetas en su tiempo “la obscenidad secreta de la pura injusticia”. La injusticia cuando no se la denuncia, cuando no se la visibiliza, cuando se la ignora es obscenidad. ¿Cuánto hoy somos nosotros capaces de develar esas obscenidades? ¿Cuánto nos afectan cuando no nos perjudican a nosotros mismos? ¿Dónde nos comprometemos con nuestras vidas con el *reaja camoja- el prójimo como a ti mismo*, el salir a cubrir a nuestro prójimo como lo hacemos con nosotros mismos?

Heschel nos hizo comprender lo que significa encontrar a Dios fuera del ritual. Y dónde encontrar al hombre dentro de la plegaria. Él lo encontró en la Lucha por la Libertad Negra, en la marcha por el derecho al voto de Selma de 1965. Lo encontró cuando decidió hablar en defensa de los judíos rusos asediados en la Unión Soviética y en contra de la atrocidad estadounidense de la Guerra de Vietnam. Lo encontró alentando el encuentro con otros credos, como por ejemplo en sus extensos esfuerzos durante el Concilio Vaticano II para lograr que la Iglesia Católica Romana repudiara sus dogmas antijudíos de dos mil años de antigüedad.

Y me preguntaba cuántos de nosotros encontramos a Dios y hablamos de Dios en nuestros desafíos cotidianos. Cuánto creemos y ayudamos a otros a creer que la fe se marcha en nuestros compromisos ordinarios, con los vulnerados, con los que esperan. Quizás, como un escudo protector, nos contentamos con ser buenos practicantes de una fe que dejó de ser significativa para la vida práctica, si se me permite este juego de palabras.

Heschel nos empuja a abrirnos a otros lenguajes, justamente no a riesgo de perder el propio sino con la posibilidad de ensanchar nuestra voz y enriquecerla con las voces de otros.

הרהיבי מקום אהלה, וריעות משקנוסך.

4

Frase tomada del artículo: “Two Friends, Two Prophets- Abraham Joshua Heschel and Martin Luther King Jr.” por Susannah Heschel. <https://www.plough.com/en/topics/community/leadership/two-friends-two-prophets>

SEMINARIO

RABÍNICO LATINOAMERICANO
MARSHALL T. MEYER

“Ensancha el lugar de tu tienda, extiende las cortinas de tus moradas”, nos indicaba el profeta Yeshaiahu. Ése es el mandato como herederos de esta matriz de pensamiento y acción. Abrir nuestras tiendas, elegir hacerles legítimo lugar a otros.

Su vida misma lo atestigua.

Él siendo un prodigio jasídico, no siguió un camino jasídico tradicional y eligió estudiar en un gimnasio, una academia de estudios judaicos en Vilna, y luego irse a Berlín en 1927, participando en el notable pero trágico florecimiento de los estudios judíos en la Alemania de Weimar. Heschel compartió con escritores como Martin Buber, Gershom Scholem y Franz Rosenzweig, su rechazo tanto a la racionalidad sobria del judaísmo reformista clásico como también al legalismo de la ortodoxia. Lo motivaba redefinir una nueva modernidad religiosa. Pudo emigrar en medio de la barbarie nazi y pasó los años de la guerra enseñando en el Hebrew Union College. Él mismo reconoció que no encontró la atmósfera religiosa que necesitaba en el Seminario Reformista y en 1946 comenzó a enseñar en el Jewish Theological Seminar en Manhattan, el principal seminario del movimiento conservador, donde enseñaría durante el resto de su carrera.

Esta breve reseña sólo grafica la vida de alguien que está siempre en búsqueda de su lugar trascendente en el capítulo de la historia, turbulento, por cierto, que le tocó vivir.

No le quitaba el sueño encasillarse en una denominación movimental, en un rasgo particular de su identidad judía. Buscó y persiguió encontrar el mensaje propicio que debía dar y difundir y por el cual jugarse la vida porque así concebía su profundo amor y compromiso por lo judío como un aporte a la sociedad donde vivía.

“El problema no es que la gente tenga dudas, sino que a la gente ni siquiera le importa dudar”⁵- leemos en *Democracia y otros ensayos*- Y quizás sea ésta una de las puertas de la matriz que incipientemente nos legó Heschel. Los tiempos del marketing actuales son tiempos de lenguajes reducidos, de ideas pequeñas y slogans que resuelven complejidades en segundos porque la atención del público es efímera. El mensaje de nuestra religiosidad más que sumisión y confort nos pide movimiento e incomodidad. Incomodidad porque la búsqueda siempre tiene como punto de partida una carencia, un dolor, un enigma por resolver. No es la espiritualidad pacífica la que pregona nuestro maestro ni su discípulo, sino una fe revolucionaria, inquieta y provocadora que mueva estructuras y que se anime a elevar una voz en defensa de aquellos que hoy están silenciados.

Nadie es profeta en su tierra, dice el refrán popular. Y si bien hoy lo estamos honrando e intentamos volver a él para comprender sus lecciones y renovar nuestros aprendizajes, en su tiempo no fue bien recibido en algunos de los ámbitos en los que se expresaba. Ha sido catalogado por algunos círculos pseudo intelectuales, como un orador ligero, un dispensador de sermones trillados, un escritor de libros accesibles. Fue criticado por usar un lenguaje coloquial para que el mensaje pueda llegar a todos sin distinción.

Ésa es otra característica que quisiera perpetuar de sus enseñanzas: el conocimiento profundo, la especialización en el estudio de las fuentes y sus desarrollos tiene sentido sí y sólo sí las traducimos a formatos que sean para todos. Corremos el riesgo de encerrarnos en pequeños grupos selectos de expertos, cuando nuestra misión es ensanchar las voces de nuestra tradición y ofrecerlas a todos.

⁵ Abraham Heschel, *Democracia y otros ensayos* (Buenos Aires: Seminario Rabínico Latinoamericano, 1987), pag.73

SEMINARIO

RABÍNICO LATINOAMERICANO

MARSHALL T. MEYER

Pensar en Heschel y los derechos humanos en nuestros días también involucra nuestros espacios de oración. En “Democracia y otros ensayos” él respondía: “la experiencia de no sentirse cómodo en el mundo es motivación para la oración”.

Heschel nos enseñó la potencia de rezar de muchas maneras que no se acaban al pasar los portones de nuestras sinagogas. Rezamos con todo nuestro ser cuando conectamos con lo que nos pasa, y fundamentalmente cuando no es sólo lo que nos pasa sino lo que sucede a nuestro alrededor. Rezamos verdaderamente cuando podemos recuperar la sensibilidad que el sistema trata de quitarnos; sensibilidad hacia la necesidad del otro y hacia el milagro de la existencia para conectar nuevamente con el sentido de lo sublime, con la inevitable interdependencia que tenemos unos con otros y nosotros con Dios. Y así volver a estimar lo espiritual como un don que tenemos que cultivar y proteger de los embates de un discurso desesperanzador.

Heschel y Marshall, como tantos líderes que pasaron a formar parte de las páginas más dignas de la historia humana, fueron anti-sistema. Eligieron no relajarse ante ciertos beneficios que gozaban por su condición. Y nos enseñaron la difícil tarea de conectar con el descontento. Lo cito a Heschel en “El hombre no está solo”: “*la autosatisfacción, la autorrealización, son mitos degradantes para las almas pletóricas de anhelo. Todo lo creativo nace de una semilla de incalculable descontento*”.⁶

Somos un pueblo sostenido en el anhelo, la espera activa por un mundo armónico y equilibrado. Esperamos un mesías que no viene porque lo que importa es el deseo de su llegada tanto más que el milagro de una epifanía. Almas pletóricas de anhelo es quizás el mensaje que nos deja Heschel como misión, anhelo de paliar el descontento y el tormento y darle contenido real al compromiso de nuestra fe.

Cuando uno revisa la historia de las sucesivas declaraciones de derechos humanos a partir de la Declaración Universal, luego los Derechos del Niño, luego la Convención Internacional sobre la Eliminación de todas las Formas de Discriminación Racial, luego los Derechos contra la discriminación de las mujeres -y así podríamos continuar hasta el día de hoy-, nos damos cuenta de cómo el pensamiento global va tomando posiciones sobre las poblaciones vulneradas e intenta comprometer a los Estados en la protección de los derechos de estos colectivos humanos.

Nuestra Torá también se ocupó desde los tiempos más remotos de visibilizar a los grupos sociales más marginales y definir leyes que se encaminen a paliar esta desigualdad.

Heschel lo defendía de este modo, lo cito: “el afecto y el cuidado para con los ancianos, los incurables, los incapacitados, son las verdaderas minas de oro de una cultura”.⁷ (*Democracia y otros ensayos*)

La verdadera riqueza es no perder la sensibilidad por aquellos que menos brillo tienen porque es allí donde nuestro mensaje se vuelve luz y recobra sentido.

“Ésta es la tragedia: obscurecer lo maravilloso con la indiferencia”⁸; escribió Heschel en *Dios en busca del hombre*.

Y en efecto, vivir adaptados a un mundo hostil no nos convierte en víctimas, sino en sumisos socios del caos y de la incongruencia.

⁶ Abraham Heschel, El hombre no está solo (Buenos Aires: Seminario Rabínico Latinoamericano, 1982), pag. 260

⁷ Abraham Heschel, Democracia y otros ensayos (Buenos Aires: Seminario Rabínico Latinoamericano, 1987), pag.207

⁸ Abraham Heschel, *Dios en busca del hombre* (Buenos Aires: Seminario Rabínico Latinoamericano, 1984), 108.

SEMINARIO

RABÍNICO LATINOAMERICANO
MARSHALL T. MEYER

Heschel, desde una perspectiva de los Derechos Humanos, es un llamado a la sensibilidad por la existencia del prójimo y una férrea proclama a movernos hacia su bienestar.

Cuando pensé darle un título a estas reflexiones que resuman qué es lo que entiendo que Heschel nos legó en la temática de Derechos Humanos me apareció esta frase:

דע לפני מי אתה עומד

“Da lifnei mi atá omed”- conoce delante de quién estás parado.

Una frase que corona muchas de nuestras sinagogas. Nos inspira a tomar conciencia de la presencia divina en el momento de nuestras plegarias. Es tiempo de santidad y hacia allí dirigimos nuestras invocaciones.

Su fuente proviene del Talmud, en Masejet Brajot 28b donde está escrito:

"וכשאתם מתפללים - דעו לפני מי אתם עומדים".

*“Cuando Uds. rezan, sepan delante de quién están parados”.*⁹

Quizás hoy esta frase redoble su apuesta, al menos en mi mirada, en mi vocación y en mi responsabilidad como líder espiritual de la comunidad a la que pertenezco.

"Da lifnei mi atá omed"- registremos a quiénes tenemos delante de nosotros. Hagámonos eco de sus necesidades. Marchemos para visibilizarlos. Lloremos su llanto. Gritemos su dolor.

“El hombre no se basta a sí mismo”, escribió Heschel. La vida carece de sentido para él a menos que sea valiosa para otro, a menos que sirva a un fin que la trasciende”.¹⁰

Quizás sea la manera más concreta de honrar la presencia divina en la tierra y en nuestras vidas y sea el mensaje más trascendente que tengamos para dejar en nuestras comunidades.

⁹ La frase al singular se encontró en Otzar Midrashim, una antología de midrashim publicada en 1915, compilada por el rabino Judah David Eisenstein.

¹⁰ Abraham Heschel, *El hombre no está solo*, 194.